

## CONTRIBUCIÓN DE MADELEINE Y WILLY BARANGER AL PSICOANÁLISIS<sup>1</sup>

Jorge Luis Maldonado<sup>2</sup>

### *Antecedentes y fuente de información*

La fuente de información de este escrito proviene de mi amistad con M. y W. Baranger y de la lectura de sus escritos. Con ambos supervisé material clínico de pacientes y discutí ideas expresadas en mis trabajos. Con Willy, nuestro vínculo radicó, esencialmente, en reuniones semanales en grupo de estudio centrado en la lectura de los ‘Seminarios’ de Jacques Lacan; comparábamos su teoría con el pensamiento de Freud y Melanie Klein, y también de Bion y Winnicott, buscando los niveles de compatibilidad o inconmensurabilidad entre estos autores. Esta actividad duró dos décadas.

### *Caracteres personales de los autores*

Madeleine y Willy Baranger se radicaron en la Argentina después de la guerra, en 1946; Willy [1922-1994], egresó de la Universidad de Toulouse con el título de *Agrégé* en Filosofía y fue enviado por el Gobierno de Francia como profesor de Filosofía del Instituto Francés de Estudios Superiores. Madeleine Madeleine [1921-2017] se graduó como licenciada en Letras Clásicas en la Universidad de Toulouse. En Buenos Aires, pronto contactaron con los analistas que habían concluido sus formaciones en IPA: Ángel Garma (Berlín), Celes Cárcamo (París), María Langer (Viena), quienes a partir de 1938 fundaron la Asociación Psicoanalítica Argentina.<sup>3</sup> Cuando Madeleine y Willy iniciaron su formación psicoanalítica, esta institución estaba constituida por doce analistas y varios analistas en formación.

Madeleine describió el marcado entusiasmo y actitud de apertura hacia el conocimiento de aportes nuevos y valiosos de procedencias diversas que ellos encontraron en los intelectuales de vanguardia de Buenos Aires. Estos no estaban ligados por deudas de reconocimiento hacia autores de teorías definidas, lo cual les permitió elegir libremente los modelos conceptuales que habrían de adoptar. Fue así que incorporaron la teoría kleiniana

---

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido escrito por solicitud del Comité Editor del *International Journal of Psychoanalysis*. (En prensa).

<sup>2</sup> [jorgeluis Maldonado12@gmail.com](mailto:jorgeluis Maldonado12@gmail.com)

<sup>3</sup> La Asociación Psicoanalítica Argentina fue reconocida por Ernest Jones como Sociedad Componente de IPA en 1942.

décadas antes que en instituciones de más antigüedad; la lectura de Freud resultó facilitada por su temprana traducción al español en 1922.

En 1954, Madeleine y Willy se trasladaron a Montevideo donde fundaron la Asociación Psicoanalítica Uruguaya, y en 1966, de regreso en Buenos Aires, continuaron con su actividad docente, clínica e institucional, ampliada a instituciones latinoamericanas. Ambos son autores de numerosos escritos, editados en diversos Journals y capítulos de libros; juntos publicaron el libro *Problemas del campo psicoanalítico* (1969); Willy publicó *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein* (1971) y, con otros autores, *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis* (1980), y *Artesanías psicoanalíticas* (1994).

Madeleine y Willy tenían una amplia cultura humanista tanto como psicoanalítica. Un rasgo llamativo de sus personalidades era el amor por la transmisión de conocimiento hacia las nuevas generaciones. El profundo reconocimiento de quienes somos sus discípulos da cuenta de ello. (Maldonado, 1994,1995, 2007, 2007, 2015, 2017).

Tanto Willy en el año 1993 como Madeleine en 2008 obtuvieron el premio ‘Mary Sigourney’ que es la máxima distinción que se confiere a nivel del psicoanálisis internacional.

### ***Antecedentes de su evolución psicoanalítica***

El pensamiento de los analistas de Buenos Aires en los años 40 y 50 estaba fundamentado en la teoría freudiana, y compenetrado con la teoría de Melanie Klein. Willy y Madeleine tuvieron un vínculo personal y significativo con Klein, con quien supervisaron material de pacientes y discutieron ideas de sus propios trabajos.

La teoría de Jacques Lacan despertó el interés de ambos. Willy prolongaba sus vacaciones de verano del hemisferio sur para asistir, durante años sucesivos, a algunos ‘seminarios’ que Lacan dictaba en París, lo cual le permitió obtener una comprensión directa de su teoría. El amplio conocimiento de Filosofía y de Psicoanálisis que Willy poseía, interesaba a Lacan, de modo que sus encuentros en ‘seminarios’ continuaban mediante almuerzos compartidos que consolidaron un vínculo personal.

Corresponde aclarar que ni Willy ni Madeleine adhirieron en forma indiscriminada a la teoría de Lacan, menos aun a sus abordajes clínicos o a las derivaciones técnicas de su praxis con los cuales disentían; tenían, por lo contrario, una actitud esencialmente crítica y selectiva hacia su técnica, ya que ambos, a diferencia de Lacan, valoraban las condiciones

estables del encuadre y su consecuente función continente de las ansiedades del analizado. Los postulados de Lacan les sirvieron como referentes que les permitieron obtener una perspectiva ampliada del funcionamiento del inconsciente, y cuestionar aspectos de las diversas teorías que constituyen el cuerpo teórico del psicoanálisis. La visión de Lacan de los escritos de Freud les resultó útil y novedosa.

Willy reconoce en el prólogo de su libro (1969) la importante influencia que tuvieron para él las relaciones personales que mantuvo tanto con Klein como con Lacan.

### ***Contexto del desarrollo de sus ideas***

Un original aporte a la comprensión de la relación analista-analizado fue generado en Buenos Aires por Heinrich Racker a partir de su trabajo: ‘La neurosis de contratransferencia’. Años antes de su publicación en el IJPA (1988[1953]) Racker ya lo había presentado y discutido en la Asociación Psicoanalítica Argentina en 1948. Desde entonces, existía en los analistas argentinos la convicción de que la perspectiva unipersonal de la transferencia resultaba insuficiente para la comprensión del acontecer bipersonal. La contratransferencia era utilizada como ‘instrumento de resonancia’ que puede orientar al analista acerca de la fantasía del analizado y, a diferencia de otras escuelas, se descartaba la comunicación manifiesta al analizado de las fantasías propias del analista.

La publicación inicial de Racker fue sucedida por sus posteriores escritos sobre contratransferencia (1988) y por investigaciones sobre la situación analítica de otros analistas locales. Algunas ideas de estos autores son anticipatorias de conceptos que años después fueron reconocidos por otros investigadores: Álvarez de Toledo (1996, [1954]) destacaba el efecto, no sólo de comunicación, sino de acción que las palabras pueden tener sobre el otro; Grinberg (1957, 1962) especificaba los fenómenos de contraidentificación proyectiva; Pichon-Rivière (1956), describía el devenir analítico como un proceso en espiral, y Bleger (1967) consideraba el marco de contención en el que la situación analítica puede desarrollarse. También Liberman (1962,) utilizaba la ‘Teoría de la Comunicación’ y la Semiótica para investigar el ‘diálogo analítico’; Rodrigué y G. T. de Rodrigué (1966) estudiaban los contextos de descubrimiento y verificación en el proceso. En este contexto íntimo, la teoría del campo de M. y W. Baranger terminó de gestarse, a la vez que ejercía su influencia sobre las ideas de los pensadores mencionados.

En el presente, corresponde reconocer, que sea citada o no como tal, la teoría del campo está incorporada en el pensamiento de muchos psicoanalistas de distintas latitudes.

### *Teoría del campo dinámico*

En la bibliografía universal de los años cincuenta y sesenta, las referencias a interacciones entre analista y analizado eran infrecuentes y no había un reconocimiento amplio de que el compromiso afectivo del analista puede ser transformado en cambio psíquico.

M. y W. Baranger (1961) introducen la teoría del campo con el propósito de dar cuenta de fenómenos clínicos de la relación de un sujeto con otro que hasta entonces no habían sido reconocidos. Con esta finalidad, estudian la situación analítica desde la perspectiva del ‘campo’ de la teoría de la ‘Gestalt’ y de Maurice Merleau-Ponty. La teoría del campo dinámico está centrada en la consideración de la situación analítica y del proceso, con la finalidad de esclarecer los factores que favorecen o dificultan su desarrollo. Los autores expresan: “La situación analítica tiene que formularse no como situación de una persona frente a un personaje indefinido y neutral [el analista], sino como situación de dos personas indefectiblemente ligadas y complementarias mientras está durando la situación, e involucrados en un mismo proceso dinámico.” (1961, p. 129). Posteriormente, en colaboración con Jorge Mom (Baranger, M. et al., 1982), incluyen la noción de intersubjetividad y consideran que el proceso analítico es, esencialmente, intersubjetivo; pero señalan que, a partir del reconocimiento de la alteridad en el proceso han surgido líneas de pensamiento y técnicas que son divergentes en relación con sus ideas.

Los autores expresan que en la situación analítica están presentes impulsos, deseos, fantasías y angustias que provienen de situaciones patógenas no superadas del pasado, tanto del analizado como del analista que constituyen la relación de transferencia y contratransferencia; pero consideran que estas fantasías sólo parcialmente contribuyen a la estructuración del campo bipersonal. M. y W. Baranger piensan que además de estas fantasías singulares, lo que realmente estructura el campo dinámico es una fantasía forjada entre ambos integrantes de la pareja analítica: “Lo que estructura el campo bipersonal de la situación analítica es esencialmente una fantasía inconsciente. Pero sería equivocado entenderlo como una fantasía inconsciente del analizado solo. El campo de la situación analítica es un campo de pareja. ... La fantasía básica de una sesión no es el mero entendimiento de la fantasía del analizado por el analista, sino algo que se construye en una

relación de pareja. No dudamos de que en esto ambas personas tengan un rol distinto.” (1961, p. 140).

Los autores le asignan significativo valor a esta diferencia de roles que resulta establecida por el principio de asimetría, en tanto analista y analizado tienen funciones propias y disímiles que, los autores enfatizan, no son intercambiables. Estas funciones quedan precisadas mediante el contrato analítico que determina la asociación libre para el analizado y la atención flotante, neutralidad y regla de abstinencia para el analista.

Corresponde señalar que, al referirse a ‘roles’, está tácito que los autores aluden a dos nociones diferentes: en primer lugar, a las mencionadas funciones fijas y preestablecidas, que son distintas para ambos participantes y configuran el principio de asimetría. Esta asimetría del campo es precisamente lo que conforma la situación analítica y establece el escenario estable en el que tiene lugar una escena imaginaria. Los roles estables que constituyen el escenario estable de la situación analítica deben ser diferenciados de lo que, en segundo lugar, son los roles imaginarios pertenecientes a la escena imaginaria y corresponden a la fantasía conjunta generada entre analizado y analista. Estos últimos roles son cambiantes y deben continuar siéndolo para que haya proceso. Cuando estos roles imaginarios cristalizan en una configuración estática, el proceso se detiene y un baluarte defensivo se instauro en el proceso.

La naturaleza de esta ‘fantasía de pareja’ se encuentra íntimamente relacionada con la estructura del campo. “Esta estructura no puede en absoluto ser considerada como determinada por los impulsos instintivos del analizado (ni, desde luego, del analista) aunque los impulsos de ambos intervengan en su estructuración. Tampoco, y esto es lo más importante, puede ser considerada como la ‘suma’ de las dos situaciones internas. Es algo que se crea entre ambos, dentro de la unidad que ambos constituyen en el momento de la sesión, algo radicalmente distinto de lo que son separadamente cada uno de ellos.” (Ídem, p. 141).

M. y W. Baranger plantean que la condición de la fantasía de pareja es similar a la condición de una melodía que no es una suma de notas o a la de un grupo que no es una suma de integrantes; destacan de este modo, la existencia de una “Gestalt” de pareja en la situación analítica. Consideran que la fantasía de pareja imprime a la dinámica del campo un factor que implica algo diferente de la yuxtaposición de identificaciones y

contraidentificaciones proyectivas que pueden establecerse entre analizado y analista. La fantasía de pareja no es una combinación de fantasías individuales de los dos integrantes de la pareja analítica, es un conjunto fantasmático original creado por la misma situación de campo.

La constitución de la fantasía de pareja no proviene exclusivamente de la resistencia actual del analizado o de la ‘capacitación’ del analista para reconocer tal o cual situación; se fundamenta sobre un proceso más profundo de comunicación que, para los autores, la expresión ‘comunicación de los inconscientes’ sólo designa, aunque sin poderlo explicar.

Señalan que la pareja analítica podría asemejarse a cualquier otra pareja tales como pueden ser la de padre e hijo, una pareja de amigos, un matrimonio, u otras posibles, pero a diferencia de éstas, en la pareja analítica se experimentan todas las demás imaginables y donde no se actúa ninguna de ellas. Expresan, también, que cuando la pareja analítica se estructura tan sólo como una de esas tantas parejas posibles (por ejemplo: una pareja padre e hija), el análisis pierde su condición de movilidad y en su lugar surge en el campo dinámico una estructura cristalizada que conduce a la detención del proceso. La ausencia de transformación en el proceso suele ser representada por imágenes visuales verbalmente transmitidas tales como las imágenes de la ‘noria’, la ‘calesita’ o ‘la rueda del hámster’ que giran sobre su propio eje, pero sin movimiento de traslación.

Como ejemplo de la estructuración de la fantasía de pareja, los autores se refieren a una forma frecuente de elaboración de un duelo. Podría ser que el analista llegue a sesión en actitud receptiva y con ánimo despejado de preocupaciones personales y que el analizado llegue en una disposición consciente tranquila, sin manifestaciones observables de angustia. Y, sin embargo, una vez establecido el campo, surge una situación depresiva intensa que se manifiesta por un sentimiento aparentemente inexplicable de tristeza en el analista, y finalmente, por una situación de duelo intenso y llanto en el analizado. El analizado no ‘trae’ al análisis una situación de duelo reprimida, que espera cualquier oportunidad para desencadenarse (aunque naturalmente este caso también se presente a menudo), sino que estructura el duelo especialmente en la situación analítica y en relación con el curso anterior del análisis. Fenómenos como éste lleva a los autores a considerar la fantasía inconsciente que tiene lugar en el campo analítico como una fantasía bipersonal

que se produce en el campo y que consideran como una estructura dinámica que confiere en cada momento un significado al campo bipersonal. Los autores señalan que esta concepción de la generación conjunta de la fantasía inconsciente da lugar a una necesaria revisión de la noción de fantasía inconsciente que describe Susan Isaacs (1948), concebida en términos individuales.

El núcleo de la teoría del campo dinámico reside en esta fantasía generada en común. Una consecuencia de la generación de esta fantasía conjunta consiste en que el espectro de posibilidades respecto a la elección de analista resulta limitado, en tanto hay factores atingentes a la persona del analista (y del analizado) que determinan la compatibilidad o incompatibilidad mutua para generar un proceso analítico.

### *El concepto de ‘baluarte’*

M. y W. Baranger (1961) consideran las condiciones de movilidad o cristalización del campo, y expresan que el analista puede intervenir eficazmente con su paciente cuando éste ‘se involucra’ en su análisis. Un analizado puede involucrarse poniendo en juego su tiempo, dinero, esfuerzo o esperanzas de cambio y mejoría. Sin embargo, en ciertas circunstancias, un aspecto de la vida personal o de la fantasía del analizado permanece excluido del análisis, o bien, resulta ajeno al proceso interpretativo, en tanto éste es bloqueado o ignorado por el analizado. Los autores denominaron ‘baluarte’ a este aspecto del analizado que suele ser refugio de poderosas fantasías inconscientes de omnipotencia.

Consideran que el baluarte puede consistir en una actividad que un analizado juzga perversa y en otros puede corresponder a su superioridad intelectual o moral, su ideología, su dinero, un objeto de amor idealizado, su fantasía de aristocracia social, etc. El analizado se resiste a ponerlo en juego porque esto lo expondría a un estado de desvalidez, vulnerabilidad y desesperanza; por lo tanto, necesita inmovilizar el campo como medio de protección para evitar la intrusión del analista y de sus interpretaciones en un sector reservado de su vida. Cuando el analizado pone en juego su baluarte, el análisis de éste conduce a reacciones de angustia y emocionales intensas, pero genera a la vez significativas movilizaciones de la situación analítica.

La descripción que antecede corresponde al ‘baluarte unipersonal’; en éste el analista no se encuentra implicado o bien su compromiso emocional es limitado. La posterior observación de numerosas experiencias de supervisión llevó a los autores a

introducir una modificación significativa en este concepto, y en Baranger M. y W. (1964) y escritos posteriores confieren mayor relevancia al ‘baluarte bipersonal’ en el cual ambos integrantes se encuentran involucrados mediante cierto acuerdo tácito o pacto inconsciente.

En esta ampliación del concepto conciben el ‘baluarte bipersonal’ como una estructura inmovilizada que entorpece o paraliza el proceso. “Esta se caracteriza por no aparecer nunca directamente en la conciencia de ambos participantes, manifestándose sólo por efectos indirectos: proviene de una complicidad de ambos protagonistas en la inconsciencia y en el silencio para proteger un enganche [entre analista y analizado] que no debe ser develado. Esto desemboca en una cristalización parcial del campo, en una neoformación constituida alrededor de un montaje fantasmático compartido que implica zonas importantes de la historia personal de ambos participantes y atribuye a cada uno un rol imaginario estereotipado.” Baranger, M. et al. (1982, p. 529).

El énfasis de este nuevo punto de vista reside en la necesidad de investigar la detención del proceso analítico en tanto fenómeno del campo intersubjetivo que tiene lugar cuando ambos integrantes de la pareja analítica intervienen en el estancamiento del proceso. Se trata de una complicidad inconsciente entre analista y analizado que conduce a una distribución estática de roles imaginarios que anulan la función analítica, y a una cristalización de un sector del campo. En forma simultánea, en otro sector prosigue una comunicación aparentemente normal.

Como ejemplo de esta perturbación del campo, describen una situación clínica: un paciente, con una vasta experiencia de diversos análisis, entretiene a su analista con relatos de supuestos nuevos descubrimientos. El analista queda cautivo por las sutilezas del analizado al describir sus estados internos; hasta que advierte la estereotipia y vacuidad del relato, la detención del proceso y que, entretanto, el analizado especula con el retraso del pago de los honorarios y mantiene ese dinero en depósitos bancarios que le generan intereses. El análisis de este baluarte revela un montaje fantasmático compartido: el analizado consume una antigua venganza contra su padre avaro y la compulsión culposa del analista a perpetuarse en el lugar del padre engañado.

Los autores piensan que la diferencia esencial en la constitución de los baluartes bipersonales con las resistencias clásicas reside en su intensidad y durabilidad. El analista



está mucho más involucrado, su participación puede estar ajena a su conciencia y la gravedad del fenómeno consiste en que el analista resulta impotente para poder manejarlo.

### ***Sobre la repetición del analista***

La introducción del concepto de campo lleva a considerar la compulsión repetitiva que tiene lugar en ambos participantes del proceso. “El analista también tiene sus formas de repetir: puede entrar en colusión con el analizado capturado inconscientemente en la fantasía de campo, puede entrar en las estereotipias del analizado cuando transforma sus sesiones en un ritual, puede intentar romper la repetición con medidas de fuerza mediante innovaciones técnicas o terminaciones indebidas del análisis. ... Pero quizá la forma más solapada de la repetición en el analista se refiere a su encierro en su propio esquema referencial, sobre todo si éste ha adquirido un cierto grado de sistematicidad y racionalización y tiende a conformar una rutina. ... Más rígido es el esquema referencial del analista, más se encuentra propenso a aceptar el rol del ‘Sujeto Supuesto Saber’<sup>4</sup> es decir, más se vuelve cómplice de la estereotipia paralizante del proceso. Por ello es recomendable que transitemos por esquemas múltiples, haciendo, sin eclecticismo confusional, nuestra propia cosecha de varios de ellos: la clínica es más variada que nuestros esquemas y no nos escatima las oportunidades de inventar”. (Ídem, p. 548). “Si, como es dable pensar, la ‘noria’ no involucra tan sólo al analizado, podemos imaginar (¿recordar?) al analista dando vueltas alrededor de sus propias teorías sin encontrar el modo de romper el círculo, ni para sí mismo ni para el analizado” (Ídem, p. 545).

Los autores encontraron que en mayor o menor grado, el analista está involucrado como participante activo en todos los fenómenos que se manifiestan como obstáculos graves al proceso analítico: las resistencias incoercibles, el impasse y la reacción terapéutica negativa. Éstas por su gravedad ponen en peligro el proceso analítico, tienden a interrumpirlo, a desvirtuarlo. La reacción terapéutica negativa, de mayor gravedad, se puede entender como psicosis de transferencia-contratransferencia; analista y analizado llegan a conformar una *folie a deux*.

### ***Ruptura y evolución del baluarte. Segunda mirada***

---

<sup>4</sup> [Nota del autor] Concepto de Lacan (1973[1964]) que expresa el imaginario del analizado que atribuye al analista el conocimiento ‘a priori’ del inconciente y del futuro.

En la situación analítica hay indicadores clínicos que revelan el estado de inmovilidad del proceso (Maldonado, 1984), tales como la estereotipia del relato verbal, o percepciones contratransferenciales de fatiga, aburrimiento, desesperanza que surgen ante la distribución estática de roles. Esta inmovilidad se revela también en imágenes visuales verbalizadas que carecen de movilidad, tales como las imágenes antes mencionadas de la ‘noria’, ‘calesita’ o ‘rueda del hámster’ en movimiento de rotación, carente de traslación.

El baluarte suele permanecer inadvertido hasta que el analista se interroga acerca de su posible participación en la detención del proceso y muestra al analizado la inmovilidad de roles que ha detenido el análisis. A esta reflexión los autores la denominan “segunda mirada”; en ésta, el objeto de indagación ya no reside en la descripción objetivante del analizado por un analista como supuesto observador imparcial, sino que la investigación involucra a la pareja analítica que lo incluye al propio analista en la nueva unidad de observación. La ruptura del baluarte produce un cambio en las vivencias de analista y analizado, y restituye el movimiento en el campo. Si el obstáculo constituido por el baluarte bipersonal logra ser superado, esto da lugar al pasaje espontáneo del analista a la ‘mirada primera’, que corresponde a un trabajo analítico funcionando sin otra resistencia que la del propio analizado. En el presente, podemos pensar este momento como el pasaje del análisis desde la intersubjetividad hacia el de la intrasubjetividad.

### ***Investigación de la historia***

Un malentendido que surge con frecuencia respecto a la teoría del campo intersubjetivo reside en el supuesto de que la investigación de la historia tanto como el acontecer cotidiano de la vida del paciente están minimizados o excluidos de la actividad interpretativa y que el valor de ésta reside solamente en el análisis de las fantasías que tienen lugar en el ‘aquí y ahora’ de la situación analítica. En contraposición a este criterio, los autores sostienen que la historia se encuentra incluida en la dimensión temporal del campo analítico: “La dimensión temporal de este campo es fundamental –como lo es en la vida del paciente y en la del analista. Este campo está lleno del ‘afuera’ de la vida del paciente, de su pasado y de su porvenir. ... En este campo aparecen por medio de la incantación verbal los objetos pasados, futuros e imaginarios del paciente.” (Baranger, W., 1994, p. 211).

El reconocimiento de la fantasía de pareja que constituye el campo intersubjetivo no es excluyente de la investigación de la historia del sujeto. Los autores le asignan significativa importancia a la investigación de los acontecimientos narrados por el analizado, tanto en la versión manifiesta que éste aporta como en la historización que pueda efectuar el analista: “Pero trátase de recuerdos auténticos o no, no lo podemos saber nunca –ni tampoco nos importa–. La misma pregunta de si un recuerdo es auténtico o no casi carece para nosotros de significado. Lo que sí nos importa es que el paciente haya agregado a su experiencia consciente y unificada algo que mantenía aislado y alejado de ella.” (Baranger, W., 1994, p. 197).

Advierten también sobre el riesgo que implica la sobrevaloración de las interpretaciones centradas en el ‘aquí y ahora’: “Una interpretación centrada sistemáticamente en términos de transferencia llega, en la mayoría de los casos, a ser directamente engañosa, o de todas maneras a restringir el registro de la comunicación analítica. Al mismo tiempo le quita énfasis a la interpretación de lo que es realmente transferencial. La técnica del ‘aquí, ahora, y conmigo’, tiende a borrar la dimensión histórica esencial en el proceso analítico. Si todo es transferencia, si toda interpretación tiene que pasar por la transferencia, la interpretación histórica –que constituye uno de los resortes esenciales del procedimiento analítico– aparece como un rodeo innecesario, o aun como una huida del analista frente a las situaciones concretas y presentes. Estas exageraciones se manifestaron, hasta hace pocos años entre nosotros, por las discusiones acerca de la legitimidad de las interpretaciones extratransferenciales, por falta de discriminación entre interpretaciones ‘*dentro de la transferencia*’ –en un sentido la regla fundamental instituye el análisis como un proceso que se desarrolla ‘dentro de la transferencia’– y las interpretaciones *de la transferencia*, que, ellas sí, suponen una referencia explícita al analista.” (Baranger, W., 1979, p. 367).

“Si la interpretación no incluye la historia no puede alcanzar al sujeto, porque el sujeto es historia. Es su historia individual, la historia mítica de su familia, de su grupo religioso o étnico, de su nación, de la humanidad.” (Baranger W. 1979, p. 353).

### ***Enactment y teoría del campo***

El término acting out no está actualmente sustituido, pero sí parcialmente comprendido en el concepto de enactment. Su ampliación se origina a partir del reconocimiento de que el

acting out es algo más que una dramatización que el analizado despliega ante el analista; es básicamente un acontecimiento que transcurre en una relación objetal. El enactment, como el acting out, abarca el conflicto endopsíquico, pero remite además a una acción que tiene lugar en la trama intersubjetiva. El sujeto incide sobre el otro haciéndole sentir determinadas emociones, o bien induciéndolo, en forma inconsciente, a pensar o hacer algo que el sujeto se propone que haga.

El enactment implica provocación y manipulación del objeto (Sandler, 1976; Jacobs, 1986) o estimulación e inducción a la acción (Spillius, 1992). Estas características del concepto de enactment son afines a descripciones de otros autores, acerca de procesos que acontecen en la situación analítica y que precedieron a su actual enunciación. Álvarez de Toledo (1996 [1954]) señaló que las palabras, además de la función comunicativa, tienen un efecto de acción sobre el otro, anticipando así la noción de acting out, ya no sólo como acción motora, sino como acción verbal. Por otra parte, Grinberg (1968) describió el efecto inductor del acting out en tanto el sujeto promueve al otro a actuar. “De este modo, los pacientes proyectan la relación tiránica dentro del objeto induciéndolo, a la vez, a actuar... El objeto que ha sido inducido a actuar, desconociendo este proceso, puede ulteriormente racionalizar su acting out, en la misma forma que lo hace la persona hipnotizada después de cumplir las instrucciones hipnóticas.”<sup>5</sup> Anteriormente, Grinberg (1957, 1962) se había referido a la contraidentificación proyectiva del analista “quien es inconscientemente y pasivamente ‘conducido’ a desempeñar la clase de rol que el paciente le ha adjudicado.”<sup>6</sup>

Existe concordancia entre el actual concepto de enactment y estos otros aportes que lo precedieron, y ampliaron la noción original del acting out. Si estas ampliaciones del concepto de acting out que fueron inicialmente reconocidas por los pioneros antes mencionados son consideradas, la sustitución terminológica puede resultar, al menos, discutible.

La noción de ‘enactment’ sólo parcialmente coincide con la de ‘baluarte’ en tanto contiene procesos intersubjetivos que involucran a analizado y analista, pero difieren en la constitución de sus orígenes. Esta diferencia se encuentra en M. Baranger (2004): “En un

---

<sup>5</sup> “The patients thus project the tyrannical relationship into the object, inducing it, in turn, to act out. ... The object that has been induced to acting out, unaware of this process, may later rationalize his acting out, in the same way as the hypnotized person does after fulfilling the hypnotic instructions.” (p. 177).

<sup>6</sup> “who is unconsciously and passively ‘led’ to play the sort of role the patient hands over to him.” (1962, p. 436).

principio ... interpretábamos el campo como resultado de identificaciones proyectivas e introyectivas cruzadas entre paciente y analista, agregando incluso el concepto prestado de contraidentificación proyectiva, que se desliza nuevamente a ubicar el centro de la situación, el punto de partida del proceso y la *culpa* en el paciente: si el analista falla, no entiende o se equivoca, es por la identificación proyectiva que el paciente ha *forzado* dentro de él.” (p. 158).

El enactment describe perturbaciones del proceso analítico que pueden estar originadas tanto en el analizado como en el analista. La concepción de baluarte, a diferencia de la de enactment, evita centralizar el origen de las perturbaciones del proceso analítico en el analizado o en el analista y lo adscribe a la fantasía conjunta generada por ambos integrantes de la pareja analítica. La noción de fantasía de pareja es definatoria y esencial para distinguir la noción de campo intersubjetivo de otros procesos que en sus manifestaciones clínicas son afines, pero en su esencia son distintos.

### ***EL “EDIPO TEMPRANO” Y EL “COMPLEJO DE EDIPO”.***

He seleccionado este escrito de Willy Baranger precisamente por su condición dialéctica que muestra su forma de desentrañar y especificar las diferencias conceptuales que existen entre distintas teorías. El autor evalúa el complejo de Edipo en tanto “piedra angular” de la teoría analítica y considera que este concepto, a partir de la formulación de Freud, ha sufrido una serie de deslizamientos y modificaciones que afectan sus fundamentos e inciden en la clínica y en la técnica.

Baranger recurre a su propio criterio y a conceptos de otros autores como Claude Lévi Strauss o Lacan en la medida que la teoría kleiniana le resulta insuficiente para dar cuenta de aspectos esenciales de la constitución del sujeto. En estas consideraciones establece las diferencias existentes entre la ‘fantasía inconsciente’ en la descripción de Klein y el complejo de Edipo, que en la concepción de Freud es un acontecimiento y, como tal, distinto de una fantasía.

En la teoría kleiniana la figura del padre está presente en la fantasía inconsciente por intermedio del pene en el interior de la madre. Baranger encuentra de gran valor los hallazgos sobre el Edipo temprano y afirma que la experiencia clínica corrobora este postulado kleiniano, pero expresa su desacuerdo con la posterior teorización --llevada a cabo por Klein-- que establece una continuidad genética del Edipo temprano con el

complejo de Edipo descrito por Freud. En el criterio de Baranger, se trata de dos conceptos diferentes, y sobre esto expresa: “Los análisis de niños de corta edad, así como el análisis de pacientes adultos, muestran la existencia de fantasías claramente edípicas en una edad anterior a la que Freud adjudicaba el complejo de Edipo” (Baranger W., 1976, p. 293). “El conjunto de fantasías descubierto por Melanie Klein como Edipo temprano enriquece sin duda nuestro conocimiento del mundo imaginario humano; pero la elaboración teórica de este descubrimiento lleva a una desvirtuación implícita de la teoría freudiana del Edipo y a una modificación profunda y muy discutible de la técnica.” (Ídem, p. 295).

Piensa que la noción de Edipo temprano marca un llamativo contraste respecto a la función asignada al padre, en tanto tercero, en la descripción que da Freud sobre el complejo de Edipo, y sostiene que en el Edipo temprano, la función paterna no ha sido adecuadamente considerada respecto a la estructuración del sujeto. Baranger plantea: “Una vez descubierto el Edipo temprano Melanie Klein equipara con éste el Edipo tardío sin percatarse de que el concepto mismo de complejo se perdía en el curso de la operación. Klein llega a considerar tanto el Edipo temprano como el tardío como si fueran simples constelaciones fantasmáticas (lo que es sin duda el Edipo temprano) y no un acontecimiento de envergadura estructural dominante (lo que es el complejo de Edipo según Freud)”. (Ídem, p. 294).

Baranger piensa que la noción de M. Klein no puede ser ubicada en continuidad genética con la descripción freudiana del complejo de Edipo; más aun, piensa que existe una verdadera ‘ruptura’ conceptual entre el Edipo temprano y el Edipo tardío y que ambas concepciones son esencialmente diferentes.

Klein sostiene que la imposibilidad de establecer una verdadera relación triangular es fuente de innumerables situaciones patológicas. Baranger concuerda con este criterio pero disiente con sus conclusiones teóricas, en tanto en esta teoría la constitución del triángulo edípico depende estrictamente de la cualidad particular de la relación dual con la madre. Para Klein el pasaje del pecho al pene depende, entre otros factores, de la necesidad de distribuir las angustias relativas al pecho y, de este modo, la estructura triangular aparece como ‘en continuidad’ con la estructura diádica de base.

El Edipo temprano está marcado por la no diferenciación entre el pecho y el pene o entre los padres, lo cual conduce a la fantasía de los padres combinados. Baranger apunta

al problema de cuál es el factor que en el niño produce la diferenciación entre el padre y la madre, y cómo se produce la desimbricación de los padres combinados. Sostiene que en Klein esta delimitación depende de cuán satisfactoria haya sido la relación con la madre, y el padre sólo llega a constituirse como discriminación secundaria a partir de la madre.

El autor considera que, en el aporte de Klein, el complejo de Edipo descrito por Freud es considerado como el estado terminal de una organización fantasmática y pulsional que se va formando anteriormente y que se inicia en la relación del niño con el pecho. Klein articula la posición depresiva infantil con el comienzo del complejo de Edipo y atribuye el pasaje del pecho al pene a la necesidad del niño de distribuir las angustias relativas al pecho. Si estas angustias del niño son intensas, los conflictos vinculados al pecho se van a repetir en relación al pene, y de este modo el pene no podrá ser diferenciado del pecho. Se da así el fundamento a una amplia gama de patología sexual ulterior (trastornos de la potencia, de la identidad sexual, perversiones, promiscuidad, entre otras patologías).

Baranger destaca que en la concepción kleiniana esta constitución misma del pene se encuentra en condición de dependencia de su relación con el pecho. Ya sea que se trate del pene del padre como objeto parcial o del padre como objeto total, en la teoría kleiniana, el padre existe en función de y a partir de la madre. En la ecuación simbólica pezón-seno-pene descrita por Freud, el primer término de la serie tiene en la teoría kleiniana un privilegio innegable y determina la serie entera. Dice Baranger: “Las consecuencias de estas hipótesis kleinianas afectan a la teoría del complejo de Edipo en su conjunto, *haciendo que la estructura edípica (temprana o tardía) pierda su carácter protagónico y estructurante de la personalidad*. El eje de la constitución del sujeto humano no se ubica, como lo pensaba Freud, en la modalidad individual de la estructura edípica, ni en la forma de su disolución y remplazo por un juego de identificaciones, sino en la relación con el pecho durante los seis primeros meses de la vida”. (Ídem, p. 291).

Baranger piensa que para Klein existe una preeminencia plena, tanto en el nivel cronológico como en el nivel de prioridad en la importancia del pecho en relación con todos los objetos ulteriores y a la constitución misma de la estructura psíquica. El autor considera que en la teoría kleiniana, las introyecciones posteriores tienen una función estructurante secundaria y que están sujetas a las modalidades de las introyecciones básicas del pecho.

Si bien W. Baranger reconoce plenamente la existencia de fantasías que constituyen un conflicto edípico centralizado en torno al pecho y el cuerpo de la madre, advierte al mismo tiempo acerca del riesgo de establecer como conclusión el principio de continuidad genética tal como Isaacs (1948) lo formula. Para esta autora todas las formas del objeto dependen de su forma más primitiva; dependen de la primera relación objetal observable: la del lactante con el pecho. El autor, en desacuerdo con Isaacs, considera que esta conclusión implica un deslizamiento del concepto por el cual, “La prioridad cronológica del pecho implica una prioridad lógica, una preeminencia en la determinación. Todos los objetos derivados están en continuidad genética con el primero y su cualidad está determinada por la cualidad de éste. El destino individual se encuentra sellado y marcado por el primer objeto y el primer año de vida.” (Ídem, p. 293).

En el criterio de Baranger existe una marcada diferencia entre conflictos del sujeto que tienen lugar en la fantasía y el conflicto que acontece ya no sólo en la fantasía, sino que tiene lugar mediante un acontecimiento que consiste en la participación del padre que interviene en la relación entre el niño y la madre.

Baranger subraya que para Freud, el complejo de Edipo sobrepasa por mucho la importancia de cualquier conjunto fantasmático. Destaca citando a Lévi-Strauss que retoma una idea de Freud, que la diferencia entre naturaleza y cultura se instaura por la prohibición del incesto. El Edipo está en el punto mismo de la inserción del individuo en el orden cultural. La culturalización del sujeto humano, su constitución como sujeto, implican algo totalmente distinto de un simple conjunto fantasmático. Es en este punto en el que se fundamenta su disenso respecto a Klein.

Baranger destaca que Melanie Klein recalca con razón la indiferenciación que tiene lugar entre el propio cuerpo del niño y el cuerpo de la madre y que las descripciones de Klein de los estados confusionales debido al uso excesivo o inadecuado de la identificación proyectiva resultan de gran fecundidad en la clínica; estas descripciones permiten entender fenómenos patológicos tales como cuadros hipocondríacos y situaciones perversas, obsesivas o psicopáticas. Por otra parte, todo el complejo de Edipo temprano está marcado por la no diferenciación entre el pecho y el pene o entre los padres. Pero este planteo lo conduce a un interrogante: ¿cuál es el factor que permite al niño adquirir su diferenciación de la madre?



Klein piensa que el pasaje del pecho al pene se encuentra estimulado por fantasías innatas relativas al pene, el surgimiento de impulsos genitales dentro del predominio oral, la necesidad de distribuir las angustias relativas al pecho, entre otros factores. Pero al mismo tiempo, se encuentra obstaculizado por otros determinantes, entre éstos: el grado excesivo de envidia primaria, la frustración por el pecho, la identificación proyectiva.

Baranger considera que el aspecto esencial del concepto de ‘Edipo temprano’ reside a nivel de la fantasía. La fantasía en la concepción de Isaacs antecede a la experiencia, y al comparar Baranger esta concepción con la descripción freudiana del complejo de Edipo destaca que éste va más allá de la fantasía y remite esencialmente a un acontecimiento. Este consiste en la separación de la madre y del hijo impuesta por la ley del padre. “Sin esta ley, madre e hijo quedan siempre accesibles uno al otro como sujetos eróticos, y no se pueden separar de verdad. La prohibición de la madre como objeto incestuoso por el padre, es decir, la castración [simbólica], es lo que permite la ruptura de la estructura diádica y la constitución del hijo como unidad distinta e individualizada.” (Ídem, p. 299).

La figura del padre adquiere valor en función de una acción que consiste en generar un nivel de separación, y el autor recurre a la concepción lacaniana de castración, en tanto simbólica. Esta tiene lugar tanto en el niño como en la madre. La madre es castrada a nivel imaginario por el padre, en tanto éste interviene impidiendo a la madre considerar al niño como su falo. El padre, en la medida que es el objeto del deseo de la madre, se interpone entre el niño y la madre. El padre castra a la madre en su ilusión de poseer un falo y que este falo pueda ser el mismo niño, y en forma recíproca castra al niño en su ilusión de ser el falo de la madre. Es el padre quien establece la diferenciación dentro de la unión diádica y permite la aparición del sujeto. Es este acontecimiento -que no es primario en sentido cronológico pero que es primordial por su significación- el factor que establece la diferencia entre la concepción del Edipo temprano y el complejo de Edipo. Baranger piensa que para Freud el complejo de Edipo sobrepasa por mucho la importancia de cualquier conjunto fantasmático. El Edipo está en el punto mismo de la inserción del individuo en el orden cultural, es decir, de su constitución como sujeto.

### ***El analista en el registro paterno***

W. Baranger advierte sobre el riesgo de considerar que, en el fondo, toda relación transferencial se reduce a la relación dual con el pecho o con la madre, lo que equivale a

forzar excesivamente la transferencia materna. Esto puede conducir a privilegiar interpretaciones relacionadas con la oralidad en desmedro de la problemática específicamente edípica con la consiguiente sexualidad genital. Baranger piensa que: “La función específica del analista nos parece ubicarse en un registro especialmente *paterno* (cualquiera sea su sexo efectivo, naturalmente), ya que se sitúa en el límite mismo que separa y define el orden imaginario y el orden simbólico. Interpretar es revelar una fantasía, pero al mismo tiempo es ubicarla como formación imaginaria, es constituir en forma simultánea una ilusión, y una verdad, en tanto que reconocimiento de la ilusión como tal. Deshacer una ilusión o una mentira equivale a enfrentar al sujeto con la castración [simbólica], lo que es una función específica del padre.” (Ídem, p. 298). El tercero impone la diferenciación dentro de la unión diádica y permite la aparición del uno, del sujeto.

“Por ello la función del analista aparece como vinculada en forma intrínseca a la función del padre como instituidor de la castración. El analista se puede prestar, por su mera presencia atenta, a la creación de toda clase de fantasías y sentimientos de índole diádica, pero cada vez que interpreta, rompe la diada y reduce al rango de ilusión su anterior participación en el vínculo diádico. Repite, al interpretar, lo que hizo el padre al prohibir el incesto. ... Las consideraciones que anteceden no significan en absoluto que pensemos que las situaciones diádicas, especulares, con objetos parciales, inclusive la relación oral con el pecho no existan o carezcan de importancia. Apuntan meramente a diferenciarlas con claridad, de las situaciones triangulares, y a diferenciar el tipo de interpretación que damos en uno y otro caso. Implican, sí, que la apertura analítica no se puede dar por un mero proceso interpretativo en el nivel de la relación dual, confiando que la triangulación surja por mera evolución del sujeto. Consideramos lo dual o especular como huida regresiva de una triangulación que tiene que ser recuperada, y el trabajo analítico como factor de esta recuperación.” (Ídem, p. 300).

### ***MALA FE, IDENTIDAD Y OMNIPOTENCIA***

Seleccioné este escrito de Madeleine Baranger (1963) porque aborda una patología frecuente pero escasamente considerada en la bibliografía universal. El estudio de la mala fe es, en su reverso, una investigación acerca de la verdad. El cuadro de ‘mala fe’ consiste en una organización patológica del carácter, cuya expresión clínica reside en una forma de

inautenticidad en el diálogo analítico, es simultánea con una distorsión en el yo del analizado, y se encuentra determinada por intensa angustia y sufrimiento.

La autora coincide con Jean Paul Sartre en diferenciar la mala fe de la noción habitual de ‘mentira’, pero admite su relación con el engaño: “La impresión contratransferencial es que el analizado trata de engañarse y engañarnos, no por motivos circunstanciales y corrientes, sino con la intención de desvirtuar la base misma del proceso analítico, y que nuestros esfuerzos, en vez de poder contar con la colaboración del analizado, se estrellan una y otra vez contra la mala fe.” (Ídem, p, 111).

Toda defensa contiene un grado de mentira hacia el propio sujeto, pero el problema de la mala fe es de diferente naturaleza. Está centrado en fracasos del sujeto en la adquisición de su identidad, derivados de la utilización de diversas identidades en forma alternativa con la finalidad de eludir ansiedades vinculadas con objetos persecutorios.

La autora considera que el cuadro puede asemejarse a la despersonalización esquizoide o a la dramatización histérica, pero sostiene que es más que esto. Se caracteriza por la inautenticidad con uno mismo y con los demás que imprime a la relación de objeto un carácter artificial. La angustia es evitada al precio de perder lo aterrador del contacto con el otro, observable en los sueños, en los que el analista aparece como persecuidor aterrador y el paciente como pelele.

M. Baranger considera las alteraciones de la regla fundamental como vía de caracterización de este cuadro y establece una diferencia entre las comunes transgresiones a esta regla, y la intención del analizado con esta patología de desvirtuar la base misma del proceso analítico. “Estos pacientes renuncian a participar en el proceso de su mejoría pensando que toda la tarea le incumbe al analista, y que ellos pueden permanecer pasivos frente a su intervención ... otra parte del analizado está contemplando los esfuerzos del analista como algo ajeno, y gozando en cierta forma de su inutilidad.” (Ídem, p. 118).

La comprensión del cuadro está centrada en los trastornos de la *identidad*, y la autora relaciona el problema de inautenticidad con las vicisitudes de las introyecciones. Expresa que si bien la identidad se establece a partir de introyecciones que se integran en la estructura del yo configurando rasgos de carácter, en la mala fe proporcionan al yo máscaras y no rasgos. El yo se esconde detrás de sus múltiples máscaras y llega a no poder diferenciarse de ellas. Estas máscaras son aspectos de objetos introyectados y no asimilados

entre sí y con el yo. “En la mala fe, lo esencial parece ser una situación interna del yo: una multiplicidad de identificaciones no sedimentadas, contemporáneas y contradictorias, que hace que el analizado se viva y se presente como varios personajes, sin que pueda saberse quién es él auténticamente.” (Ídem, p. 115).

La autora considera que esta estructura defensiva es una forma de mantener el sentimiento de omnipotencia, que aparece como fantasía ligada a la necesidad de exaltar o engrandecer defensivamente las cualidades y poderes del yo para contrarrestar angustias de persecución, de culpa, de desintegración que subyacen ocultas detrás de las máscaras. Es una forma de eludir el contacto con el otro, no obstante, hay partes del yo que permanecen realmente comunicadas con el otro y que padecen las consecuencias de este sistema defensivo. Piensa que ésta es también una forma de intentar burlar al superyó, como también lo es la actitud hacia los valores éticos que le parecen valederos, los aceptan pero también los burlan. El yo se defiende del superyó por un manejo de identidades múltiples.

La reflexión de M. Baranger acerca de la estructura íntima de esta patología consiste en que la mala fe deriva de la psicopatología de la idealización, e indica que un aspecto particularmente significativo de estos cuadros, reside en la incapacidad de estos pacientes de encontrar ideales que les puedan dar satisfacción.

Una desilusión primitiva experimentada como traumática subyace a esta perturbación de los ideales y coincide con una incapacidad del yo para superar una vivencia de desilusión con el objeto primitivo: la madre, con la consiguiente perturbación en las imposibilidades de integración tanto del objeto como del yo.

Por otra parte, un rasgo significativo es la duplicación de la figura paterna lo cual determina un problema de filiación; dos hombres son ambivalentemente reconocidos por la madre en cuanto al ejercicio de la función paterna. Esta forma de duplicación de la figura paterna genera en el niño serias dificultades para sostener la necesaria valorización de un objeto investido de la función paterna y que sea, a la vez, valorizado por la madre. (Baranger, W. 1975, comunicación personal). También señala la autora que vinculado a acontecimientos traumáticos, una intensa idealización de uno de los padres ha dejado lugar a una intensa desvalorización del mismo.

El desencuentro con la propia identidad es reflejo de la imposibilidad del sujeto de encontrar tanto la unión de sus padres como también la unificación de los aspectos

idealizados y desvalorizados del superyó, lo cual produciría estados de persecución, tanto como de culpa, depresión y desamparo. Por la misma razón, la realidad que provocó la caída del ídolo omnipotente tampoco puede ser reconocida.

Queda ubicado así el problema a nivel de los ideales, de la ilusión y del trauma que determinó la consiguiente desilusión, lo cual lleva a esta conclusión: “El núcleo omnipotente del yo que se protege por la mala fe es el resto de una relación con un objeto intensamente idealizado.” (Ídem, p. 125). El valor de esta conclusión reside en mostrar el reverso oculto de la condición ostensible de la mala fe. Tras su fachada engañosa se oculta una verdad intolerable que consiste en la relación perdida del sujeto con sus ideales y con los objetos que los representan, lo cual se transformó en un duelo que no pudo ser procesado.

Una primera impresión que este cuadro puede generar en el otro como consecuencia del uso del engaño consiste en el rechazo y condena; el mismo término ‘mala fe’ contiene una impronta condenatoria. Sin embargo, el descubrimiento de que esta patología se encuentra relacionada con el dolor psíquico por ideales que fueron perdidos, muestra la otra faz de un drama oculto. La tarea analítica se transforma en una labor de rescate de esos ideales que el sujeto ignora que posee, aunque quizás vislumbra que, al acceder al análisis, en algún momento podrá reencontrar.

### ***CONSIDERACIONES FINALES***

La obra de M. y W. Baranger es extensa y la riqueza de sus ideas sólo parcialmente puede ser transmitida en una síntesis. Pero hay dos conceptos básicos que están como trasfondo en varios de sus escritos y que deseo destacar: en primer lugar la revalorización que hicieron del concepto de Freud de resignificación (*Nachträglichkeit*), por el cual los acontecimientos pretéritos adquieren significado en virtud de acontecimientos ulteriores. Este concepto es destacado en contraposición a la concepción genético-evolutiva del desarrollo de la mente.

En el presente, podemos apreciar la resignificación, no sólo en la patología, sino también en las transformaciones que acontecen en el mundo interno mediante la actividad interpretativa. Al interpretar logramos que algo actual actúe modificando algo pretérito. El insight, en tanto ‘acontecimiento’ actual, es un ejemplo de resignificación (*Nachträglichkeit*) de la experiencia pretérita, consecuencia de la interpretación (Maldonado, 2011).

En segundo lugar deseo destacar el valor que M. y W. Baranger conceden a la utilización por parte del analista de distintos modelos conceptuales. Reitero su frase antes mencionada: ‘Por ello es recomendable que transitemos por esquemas múltiples, haciendo, sin eclecticismo confusional, nuestra propia cosecha de varios de ellos: la clínica es más variada que nuestros esquemas’.

Corresponde considerar una posible consecuencia derivada de lo anterior que consiste en estados de ‘tensión’ a nivel epistemológico que las tentativas de conjugar distintos modelos conceptuales pueden generar. Sin embargo, el término ‘eclecticismo confusional’ no correspondería aplicarlo al uso alternativo de la diversidad de teorías existentes sobre los orígenes de la estructura psíquica. Esta diversidad corresponde a investigaciones hechas por distintos autores sobre diferentes aspectos y momentos del posible funcionamiento de la mente, que pueden ser coexistentes, quizás complementarios, pero no necesariamente incompatibles entre sí.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez de Toledo, L. (1996 [1954]). The analysis of ‘associating’, ‘interpreting’ and ‘words’. *Int. J. Psychoanal.* 77: 291-317. *Revista de Psicoanálisis.* 1954, XI: 267-313.
- Baranger, M. (1963). Mala fe, identidad y omnipotencia. *Problemas del campo psicoanalítico.* Pp 109-127. Buenos Aires, Kargieman, 1969.
- Baranger, M. (1993 [1992]). The mind of the analyst: from listening to interpretation. *Int. J. Psychoanal.* 74: 15-24. *Revista de Psicoanálisis.* XLIX: 223-237, [1992].
- Baranger, M. (2004). La teoría del campo. *El otro en la trama intersubjetiva.* Pp. 145-169. Comp. Leticia Glocer Fiorini. Buenos Aires: APA-Lugar.
- Baranger, M., Baranger, W. (1961). La situación analítica como campo dinámico. *Problemas del campo psicoanalítico.* Pp. 129-164. Buenos Aires, Kargieman, 1969.
- Baranger, M., Baranger, W. (1964). El “insight” en la situación analítica. *Problemas del campo psicoanalítico.* Pp. 165-177. Buenos Aires, Kargieman, 1969.
- Baranger, M., Baranger, W. and Mom, J. (1983[1982]). Process and non-process in analytic work. *Int. J. Psychoanal.* 64: 1-15. *Revista de Psicoanálisis.* XXXIX: 527-549. (1982)

- Baranger, W. (1971). *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires, Kargieman.
- Baranger, W. (1976). El “Edipo temprano” y el “Complejo de Edipo”. *Artesanías Psicoanalíticas*. Pp. 289-301. W. Baranger et al. Buenos Aires, Kargieman, 1994.
- Baranger, W. (1979). “Proceso en espiral” y “Campo dinámico”. *Artesanías psicoanalíticas*. Pp. 349-370. W. Baranger et al. Buenos Aires, Kargieman, 1994.
- Baranger, W. (1994). La noción de “material” y el aspecto temporal prospectivo de la Interpretación. *Artesanías psicoanalíticas*. Pp. 191-228. W. Baranger et al. Buenos Aires, Kargieman, 1994.
- Baranger, W. et al (1980). *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bleger, J. (1967). Psychoanalysis of the psycho-analytic frame. *Int. J. Psychoanal.* 48: 511-519.
- Grinberg, L. (1957). Perturbaciones en la interpretación por la conraidentificación proyectiva, *Revista de Psicoanálisis*. 14: 23-30.
- Grinberg, L. (1962). On a specific aspect of countertransference due to the patient's projective identification. *Int. J. Psychoanal.* 43: 436-440.
- Grinberg, L. (1968). On Acting out and its role in the psychoanalytic process. *Int. J. Psychoanal.* 49: 171-178. *Revista de Psicoanálisis*, XXV: 681-713, 1968.
- Isaacs, S. (1948). The nature and function of phantasy. *Int. J. Psychoanal.* 29: 73-97.
- Jacobs, T. J. (1986). On countertransference enactments. *Journal of the American Psychoanalytic Association.* 34: 289-307.
- Lacan, J. (1973 [1964]). *Le séminaire de Jacques Lacan, Livre XI. Les quatre principes fondamentaux de la psychanalyse*, 1964. Editions du Seuil, París, 1973.
- Liberman, D. (1962) *La comunicación en terapéutica psicoanalítica*. Buenos Aires, Eudeba.
- Maldonado, J. L. (1984). Analyst involvement in the psychoanalytical impasse. *Int. J. Psychoanal.* 65: 263-271.
- Maldonado, J. L. (1994). Recordatorio de Willy Baranger. Pp. I-V. *Psicoanálisis APdeBA*.
- Maldonado, J. L. (1995). Panelista: Jornada de homenaje recordatorio a Willy Baranger. *Asociación Psicoanalítica Argentina*.

- Maldonado, J. L. The dynamic unconscious in the analytic relationship. Major Panel: 'The unconscious', 47th IPA Congress. *Int. J. Psychoanal.* 92: 279-283.
- Maldonado, J. L. (2007). Panelista: Homenaje a Madeleine Baranger. *Asociación Psicoanalítica Argentina.*
- Maldonado, J.L. (2007). Comentarios al trabajo de Madeleine Baranger: 'Mala fe, identidad y omnipotencia'. *Revista de Psicoanálisis.* LXIV: 47-55.
- Maldonado, J. L. (2015). Introduction to the life and work of Madeleine Baranger. *The pioneers of psychoanalysis in South America.* Edited by Nydia Lisman-Pieczanski and Alberto Pieczanski. London: Routledge.
- Maldonado, J. L. (2017). Panelista: Jornada de homenaje recordatorio a Madé Baranger. *Asociación Psicoanalítica Argentina.*
- Pichon-Rivière. E. (1956). Comunicación al Primer Congreso Latinoamericano.
- Racker, H. (1953). A contribution to the problem of counter-transference. *Int. J. Psychoanal.* 34: 313-324.
- Racker, H. (1988). *Transference and countertransference.* The Hogarth Press Ltd and the Institute of Psycho-Analysis, London.
- Rodrigué, E. Rodrigué, G.T. de. (1966). *El contexto del proceso analítico.* Buenos Aires, Paidós.
- Sandler, J. (1976). Countertransference and role-responsiveness. *Int. Review Psychoanal.* 3: 43-47.
- Spillius, E. B. (1992). Clinical experiences of projective identification. *Clinical Lectures on Klein and Bion*, New Library of Psychoanalysis, 14: 59-73.